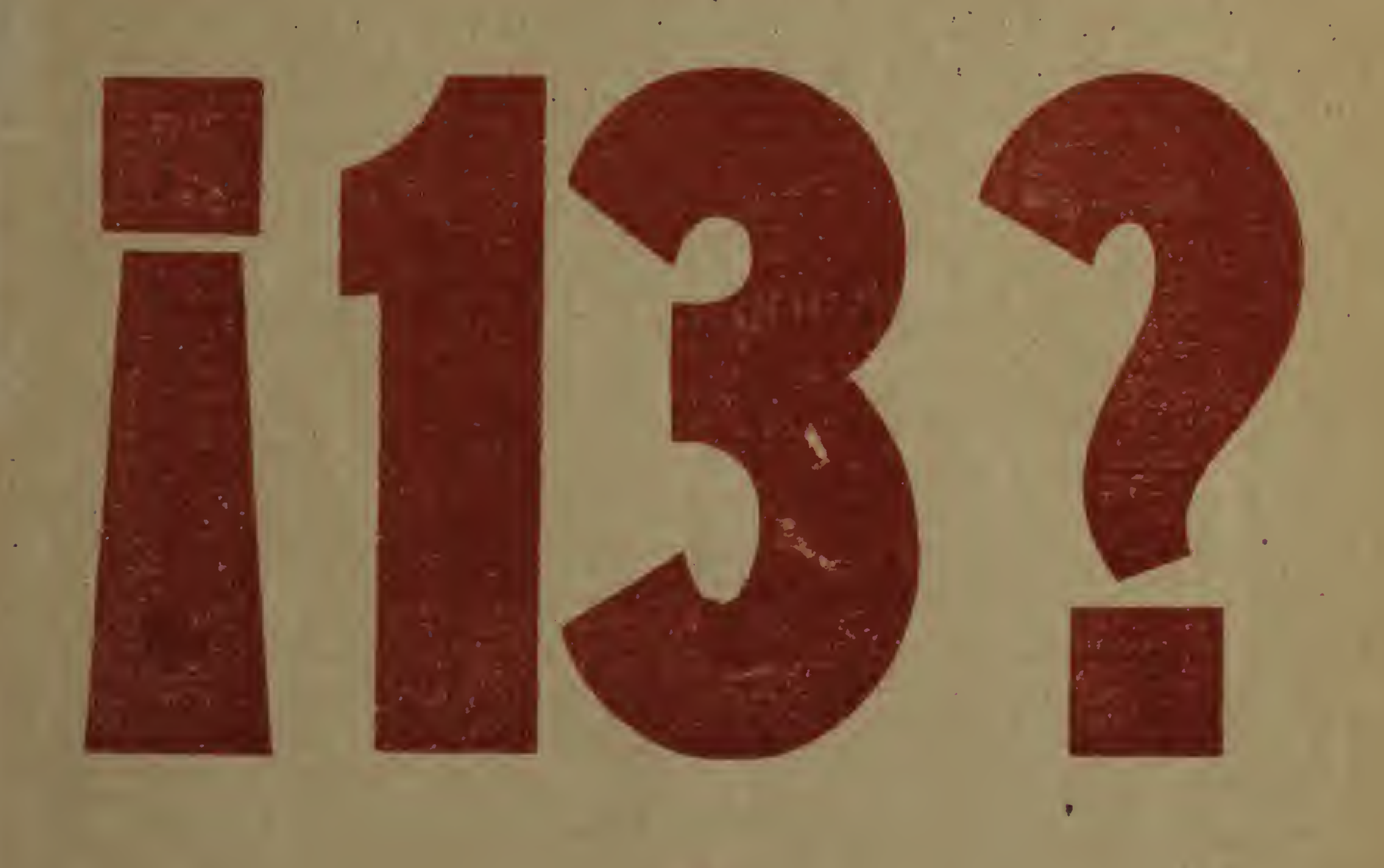
La Novela Policíaca

SUPLEMENTO NÚMERO 7 A LA NOVELA CÓMICA



o

el vencedor de Fantomas

José María Martín de Eugenio.

20 CÉNTIMOS

LA NOVELA CÓMICA

SAINETES PUBLICADOS

De Carlos Arniches

El amigo Melquiades (dos actos).—Serafín el Pinturero (dos actos) (1).—Los granujas (un acto) (2).—El santo de la Isidra (un acto).—El tío de Alcalá (un acto).

De D. Ricardo de la Vega

La verbena de la Paloma y el boticario y las chulapas o celos mal reprimidos (un acto).—El señor Luis Tumbón o despacho de huevos frescos (un acto).

¡13? o el vencedor de Fantomas.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Marquesa............	Sra. *Nicesa.*
La Princesa Lionel.......	*Bedoya.*
La Duquesa de Guerin....	*La Rosa.*
Sor Teresa	*Blanco.*
Una dama..............	*Encinas.*
Juve (El gran detective).	Sr. *Martí.*
El Duque de Guerin (Fantomas)............	*Contreras.*
El Juez	*Pastrana.*
El Ministro de Policía.....	*Cortina.*
El Ministro Gamer.......	Sr. *Pedrosa.*
El diplomático Lamerit...	*Infante.*
El Pierrot negro.........	*Sáinz.*
El máscara a lo Fantomas	*Toyana.*
El Marqués de Granley...	*Rubio.*
Leopoldo...............	*Infante.*
Ruy (Agente de Policía).	*Garzarán.*
El comisario	*Rubio.*
Verdier (Escribano).....	*Galindo.*
El Doctor...............	*Cortina.*

Damas, caballeros, máscaras.

La acción, en Londres. — Epoca, actual.

1.º, 3.º y 4.º actos, en el palacio del Duque de Guerin.—2.º acto, en casa de la Princesa Lionel.

De Jacinto Benavente

La sobresalienta (un acto).

De Javier de Burgos

El mundo comedia es o el baile de Luis Alonso (un acto) (3).—Las mujeres (un acto) (3).

(1) En colaboración con J. G. Renovales.
(2) En colaboración con J. Jackson Veyan.
(3) Estudio crítico por Antonio Zozaya.

De Antonio Casero

La familia de la Sole (un acto).—El porvenir del niño (un acto).—Las mocitas del barrio (un acto) (1).

De D. Ramón de la Cruz

La pradera de San Isidro (un acto) (2). — Las castañeras picadas (un acto) (2).

(1) En colaboración con A. Larrubiera.
(2) Estudio crítico por Pedro de Répide.

JOSÉ MARÍA MARTÍN DE EUGENIO

¡13?

O

el vencedor de Fantomas

Episodio policiaco en cuatro actos.



MADRID
Imprenta Moderna: March y Samaráu.
Doctor Fourquet, 23.—Tel. 14-51.
1918

descanso semanal; este criado sale corriendo a avisarla a usted; la señora nos llama por teléfono, llegamos; mi compañero va en busca del Juez y del Comisario, y aquí estamos usted y yo velando a este pobre señor, hace unas horas tan sano y tan bueno.

TER.—¡Fatalidades, amigo Ruy, fatalidades!

RUY.—Indudablemente, este caballero padecía de una *aneurisma* cuya ruptura le ha ocasionado la muerte.

TER.—¿Quién sabe?

RUY.—La señora se ha encerrado en sus habitaciones y hasta que venga el Juez no quiere ver a nadie...

TER.—¡Pobre señora!

RUY.—Y yo, con toda franqueza, no puedo tenerme de hambre y de sueño.

TER.—Yo de hambre, no; ¡pero de sueño, sí! La noche anterior la he pasado velando al Conde de Arley... aquí cerca.

RUY.—Otro caso, hermanita, que pone los pelos de punta. Creo que Juve, el gran policía, ya está sobre la pista de tan horrendo crimen, ¿verdad?

TER.—Acudió inmediatamente y se encargó del esclarecimiento del hecho.

RUY.—¡Y lo descubre! Ese es el rey de los policías.

TER.—¡Dios lo quiera! (Pausa.)

RUY.—¿Me permite usted, hermanita, salir a tomar un piscolabis? La traeré otro si quiere ..

TER.—Yo no puedo tomar nada. Pero vaya usted, Ruy. Vaya usted y no tenga prisa.

RUY.—El señor Juez y el Comisario han de tardar bastante todavía.

TER.—Eso creo. Vaya usted sin cuidado y tómese el tiempo que guste. Apágueme antes esa luz del centro y encienda esa otra de la mesa; ésa, con su pantalla roja, deja la habitación en una semioscuridad agradable. ¡Tanta luz me molesta! (Lo hace Ruy.) Así; ¡muchas gracias!

RUY.—(Señalando al cuerpo.) ¿Y no la da a usted miedo?

TER.—¿A mí? Me he visto tantas veces en esta situación, que ya, ¡Dios me perdone!, lo veo casi con indiferencia.

RUY.—(Al mutis, por la segunda derecha.) ¡En seguida vuelvo! (Mutis.)

(Sor Teresa se levanta, después de rezar un momento, y se sienta en una de las butacas, donde sigue sus rezos; cabecea y acaba por quedarse dormida. La habitación está sólo alumbrada por el reflejo de la pantalla roja de encima de la mesa. Se abre silenciosamente el fondo de la chimenea y da paso a un personaje vestido de malla negra, etcétera, capuchón, etc.; en una palabra, de Fantomas. Avanza pistola en mano sin hacer el más leve ruido; va a donde está sor Teresa y la observa que esta dormida. Después va al balcón que está abierto, y lo cierra con todo cuidado; después va a la mesa y coge los papeles que quedaron a medio escribir, y, por último, se dirige a la chimenea, que continúa abierta, y hace con la mano derecha el signo de interrogación (?). Inmediatamente salen dos personajes igualmente vestidos que él conduciendo un bulto de una persona envuelta en un paño o sábana idéntica a la que cubre el otro cadáver; con todo silencio cambian un cuerpo por otro, llevándose el que está en escena y dejando el que traen. Mientras todo esto, el primer Fantomas no ha perdido de vista a sor Teresa, a quien apunta constantemente con la pistola, y cuando los otros han desaparecido, él retrocede, siempre de espaldas a la chimenea, llega a ella, y, a su vez, desaparece en su fondo, que vuelve a cerrarse. Todo esto bien detallado, sin prisas ni vacilaciones. Pausa breve.)

TER.—¡Uf! (Despertando.) ¡Qué calor tan asfixiante! ¿Cómo? (Reparando.) ¿Quién ha cerrado el balcón? ¿Habrá vuelto Ruy?

RUY.—(Dentro, segunda derecha.) ¡Por aquí, señores! (Entra, da la luz del centro.)

(Le siguen el Juez, el Comisario, Verdier (escribano) y dos policías, que quedan guardando la puerta.)

JUEZ.—(Al Comisario.) Si le parece a usted bien, aguardaremos a la llegada del médico, que nos dirá de qué ha muerto este señor.
COM.—Lo que quiera usía. Pero cuanto antes, pues ese maldito negocio del Conde de Arley no me deja vivir tranquilo.
JUEZ.—¿Y Juve?
COM.—Ese me deja vivir menos todavía; ¡que hombre; es infatigable!
JUEZ.—(Reparando en ella.) ¡Hola, sor Teresa, ¿es usted?
TER.—Para servir a usía.
JUEZ.—Ayer allí y hoy aquí; ¡si quisiéramos encontrarnos!...
TER.—¡Puede que no nos encontráramos!
JUEZ.—¿Ha sido usted la primera que ha llegado, verdad?
TER.—Y el agente Ruy.
RUY.—¡Presente!
JUEZ.—Bien. ¿Estará todo igual que estaba y nadie habrá entrado?
TER.—¡Nadie!
JUEZ.—Según creo, este pobre señor ha muerto de repente, a causa, tal vez, de una *aneurisma*. ¿Usted le conocía de antes?
TER.—Sí, señor. Los Duques de Guerin no me son desconocidos, especialmente la señora Duquesa, que acudía a nuestra capilla con alguna frecuencia.
JUEZ.—Buena gente, ¿verdad?
TER.—No puedo decir nada en contrario.
JUEZ.—¿Ricos?
TER.—A juzgar por su confort, su vida y sus limosnas, sí, señor.
JUEZ.—Bueno. En cuanto llegue el Doctor ordenaré el levantamiento del cadáver... y nos vamos, querido Comisario.
COM.—¡Santa palabra! ¡Tengo un cansancio horrible!
JUEZ.—Ruy, avise usted a la señora Duquesa y después al criado. Vamos a llenar este pequeño requisito. Ande usted, Verdier, siéntese en esa mesa.
VERD.—¡Al momento! (Lo hace y prepara lo necesario para escribir.)
RUY.—(Que hizo mutis por la segunda izquierda, vuelve a salir por la misma puerta.) En seguida viene.
JUEZ.—¿La ha visto usted?
RUY.—No, señor. Di el recado a través de la puerta. (Sale Leopoldo segunda derecha.) Aquí llega el criado. (A él.) El señor Juez le necesita.
LEOP.—Estoy a las órdenes del señor Juez.
JUEZ.—Poca cosa. ¿Hace mucho que sirve usted a los señores Duques de...?
LEOP.—De *Guerin.*
JUEZ.—Eso... de Guerin.
LEOP.—Dos años.
(Escribano, escribe.)
JUEZ.—¡Bravo! Y... ¿se llevaban bien?
LEOP.—Se adoraban.
JUEZ.—¡Admirable! ¿No tenían descendencia, verdad?
LEOP.—No, señor.
JUEZ.—¿Eran buenos... para sus criados?
LEOP.—¡Dos ángeles para todo el mundo!
JUEZ.—Su amo de usted, ¿padecía de alguna enfermedad crónica?
LEOP.—¡Creo que no!
JUEZ.—Bueno. El forense nos sacará de dudas...
RUY.—¡Aquí llega! (Segunda derecha.)
(Sale Doctor acompañado de un policía, que se retira.)
JUEZ.—¡Gracias a Dios!

DOCTOR.—Perdone usía. Perdonen ustedes; pero los deberes de mi cargo...

COM.—Perdonado, señor Doctor. Tenga la amabilidad de reconocer en seguida a ese cadáver.

DOCTOR.—¡Inmediatamente! (Entrega el sombrero, se quita los guantes y se arrodilla, levanta el paño por la cabeza y dice muy natural.) *¡Hermosa mujer!* (Todos dan un salto.)

TODOS.—¿Qué?...

DOCTOR.—¡Que es una hermosa señora!

TER.—¡Jesús!

JUEZ.—¿Estáis loco?

COM.—¿Qué dice?

RUY.—¡A ver!

DOCTOR.—(Descubriendo por completo el cuerpo de una hermosa señora joven y rubia vestida con una elegante bata de estar en casa.) ¡No sé a qué viene ese asombro! Este es el cadáver de una señora, muerta a causa de este puñal clavado en su corazón. (Lo retira y entrega al Juez.)

TER.—¡Imposible!

RUY.—¡Si no puede ser!

LEOP.—¿Abremos soñado?

JUEZ.—¡Hay que rendirse ante la evidencia!

DUQUE.—(Segunda izquierda vestido de luto; desde la puerta.) *Buenas noches, señores.*

RUY.—¡El señor!

LEOP.—¡Mi amo!

TER.—¡El Duque de Guerin!

(Expectación; pausa breve.)

JUEZ.—¿Es usted el señor Duque de Guerin... el dueño de esta casa?

DUQUE.—¡Para servir a usía!

JUEZ.—(A Leopoldo.) ¿Reconoce usted a su amo?

LEOP.—¡Perfectamente!

JUEZ.—(A sor Teresa.) ¿Era este... el...?

TER.—(Sin vacilar.) ¡Sí, señor!

JUEZ.—(A Ruy.) ¿Este caballero era?...

RUY.—¡Lo juro!

DUQUE.—Pero, ¿qué ocurre? ¿Pasa algo más que el vil asesinato de mi querida esposa?

COM.—¡Esto es asombroso!

JUEZ.—¡Esto es estupendo!... Señor Duque, ¿tendrá usted la bondad de prestar su declaración?

DUQUE.—¡Con mucho gusto!

COM.—¡Si el señor Juez me lo permite!

JUEZ.—No tengo inconveniente. Interrogad.

COM.—El señor Duque acaba de decir: «Vil asesinato de mi querida esposa.» ¿No es eso?

DUQUE.—¡Exactamente!

COM.—Díganos usted cuanto sepa de este desgraciado asunto.

TER., LEOP. y RUY.—¡Pero!... (Protestando.)

JUEZ.—¡Silencio! (Enérgico.)

DUQUE.—Mi esposa tenía la costumbre de escribir a su familia, que está en Rusia, todas las semanas, y, naturalmente, venía aquí a hacerlo, a mi despacho... Esta noche tardaba demasiado, y yo, temeroso, asustado, vine aquí a su encuentro, hallando a mi pobre esposa, a la señora Duquesa, tal y como la vemos en este momento. Horrorizado grité; acudió Leopoldo a quien encargué buscase una hermana de la Caridad que nos pres-

tase auxilio; avisé yo mismo por teléfono a la policía; llegó ésta y la hermana de Caridad acompañada de Leopoldo... yo entonces, agobiado por el dolor, me retiré a mis habitaciones... ¡Esto es todo!

JUEZ.—(A Leopoldo, sor Teresa y Ruy.) ¿Es cierto todo eso?

LOS TRES.—(Sin vacilar.) ¡No, señor!

DUQUE.—¿Cómo? ¿Pero que dicen ustedes?...

JUEZ.—A ver, diga usted lo ocurrido, señor Leopoldo. (Pausa.)

LEOP.—Los señores cenaron esta noche a la hora de costumbre... Después de cenar se retiraron a sus habitaciones; a poco el señor penetró aquí, en su despacho y se puso a escribir unas cartas, yo me retiré entonces, despedí al cocinero, que con permiso del señor Duque ha ido a pasar la noche con su familia, y cuando me disponía a cepillar la ropa del señor, oí gritos que partían de esta habitación, acudí y me encontré a la señora Duquesa presa de la mayor desesperación, y al señor Duque tendido ahí mismo, exánime, ¡muerto! La señora me ordenó buscar una hermana de Caridad que nos ayude en tan desgraciado trance, ella avisa por teléfono a la policía, yo salgo, y cuando regreso con sor Teresa, están aquí ya Ruy y su compañero esperándonos en la puerta, que dejé cerrada. Sor Teresa, señor Ruy, ¿no es verdad todo esto?

TER.—¡La verdad exacta! La señora Duquesa se retiró llorando a sus habitaciones y el señor y yo quedamos velando el cadáver, mientras su compañero corría en busca de ustedes.

DUQUE.—Señor Juez, la duda no es posible. Yo estoy vivo y sano, y mi pobre esposa...

JUEZ.—¡A ver, aproxímense ustedes! (A ellos.) ¿Es esta la señora Duquesa?

LOS TRES.—¡No cabe la menor duda!

JUEZ.—Entonces... ustedes tres están rematadamente locos.

TER.—(Protesta.) ¡Señor Juez!

JUEZ.—Comprenda usted, hermana, que la realidad se impone.

TER.—¡Efectivamente, pero yo... yo!... (Llorando.) ¡Aquí hay un misterio, señor Juez!

RUY.—¡Seguramente!

JUEZ.—¿Se han separado ustedes del cadáver?

TER.—Ni un momento.

JUEZ.—¿Ha entrado aquí alguien?

TER.—Nadie absolutamente.

JUEZ.—Pues entonces el señor Duque tiene razón, y ustedes...

DOCTOR.—(Reparando.) Señor Juez; aquí, en esta mano, la víctima tiene un papel; a ver si puedo abrirle la mano. ¡Ajajá! Tome usted. (Dándolo al Juez.)

JUEZ.—(Examinándolo.) ¡Eh! ¿qué es esto? ¡Mirad! (El Comisario.) ¿Un número 13 entre dos interrogaciones?

COM.—¡Lo mismo que el conde de Arley! (A Verdier.) ¡A ver, avise usted por teléfono que busquen al gran Juve, y que venga inmediatamente! Que ninguno de los presentes se mueva de esta habitación. Usted, Ruy, busque dos números más, que colocará en la puerta, con orden de no dejar salir a nadie.

RUY.—¡Volando! (Mutis segunda derecha.)

COM.—Si al señor Juez le parece bien, suspenderemos toda acción, toda diligencia, hasta la llegada del gran Juve.

JUEZ.—De acuerdo. Aguardaremos al rey de los detectives. (El timbre del teléfono contesta.)

RAM.—(Habla al teléfono.) «Comisario Raivar. Busquen inmediatamente al detective Juve, caso gravísimo...—¿Eh?...—Muy bien.»—Dicen

que casualmente llega en este momento, que se pondrá al aparato. Si el señor Comisario quiere, puede...

COM.—Venga. (Al habla.) «Amigo Juve, tenga usted paciencia; el señor Juez ordena que venga usted sin perder un momento...—Está bien. Bueno. ¡Adios!» (Deja teléfono.) Dentro de cinco minutos tendremos aquí al único ser que puede sacarnos de este embrollo!

DUQUE.—¡No sabe usted lo que me alegro!

JUEZ.—Mi querido Comisario... ¡y nosotros que queríamos descansar!

COM.—¡Qué le vamos a hacer, señor Juez, el deber es lo primero!

JUEZ.—(A todos.) ¿Ustedes persisten en sus afirmaciones?

LOS TRES.—¡Persistimos!

DUQUE.—¡Persisto!

JUEZ.—¡Piénsenlo ustedes bien!

TER.—¡Yo lo juro ante Dios!

RUY.—¡Yo lo juro una y mil veces! (Se oye lejos la bocina de un auto.)

COM.—¿Será el de Juve? (Escuchan todos.)

JUEZ.—¡Se acerca!... Sí, aquí llega. ¡¡El es!! (Expectación y pausa.)

JUVE.—(A poco en la puerta. Tipo elegante, afeitado y monóculo. Dejo al actor toda clase de detalles. Movimiento general. Desde la puerta.) ¡Quieto todo el mundo! No se habrá tocado a nada, ¿verdad, señor Juez?

JUEZ.—A nada. Podéis trabajar tranquilo.

JUVE.—¡Voy a hacerlo! (Avanza muy despacio hasta el centro de la escena. Después baja examinando todo y mirando, sin agacharse al pasar, el cadáver. Llega al proscenio, se vuelve de espaldas al público y sube hasta la chimena. Vuelve a bajar, se para delante del cadáver, mira su posición y levanta la vista, que dirige al balcón. Sonríe. Va al balcón y lo mira un momento. Pasa por delante del Duque y se vuelve rápido a mirarle. Despacio, y allí mismo parado, saca una pitillera, de ella un cigarro, lo enciende, y cuando va a tirar la cerilla, busca dónde echarla; no lo encuentra y entonces va a la mesa, y haciendo que busca un cenicero, la examina; indica a Verdier que se retire; se retira éste, y él pasa y se sienta en el sillón, pone los codos sobre la mesa, mira en general, lanza una bocanada de humo y dice:) Si no me equivoco, lo ocurrido aquí es lo siguiente: esa señora, que es la dueña de esta casa y esposa de este caballero...

JUEZ.—¡El señor Duque de Guerin!

JUVE.—(Saluda.) Estuvo aquí donde yo estoy escribiendo, cuando por ese balcón entró a buscarle la muerte en forma del asesino que, al luchar con ella, le mató de una puñalada... ¿No es esto?

JUEZ.—¡Eso parece que es! Pero...

JUVE.—¿Pero qué?

JUEZ.—Que sor Teresa, el criado Leopoldo y el agente Ruy (Sale ahora.) sostienen que el cadáver que aquí estaba cubierto con este paño era el del señor Duque y no el de la Duquesa, como hemos visto todos llenos del natural asombro al ser descubierto por el señor Doctor.

JUVE.—(En pie.) ¿Qué dice usted?... ¿Habré oído mal?

COM.—Ha oído usted perfectamente.

JUVE.—¿Quién vigilaba el cadáver?

TER.—Una servidora.

RUY.—Y un servidor. (Pausa.)

JUVE.—Señor Duque, ¿qué dice usted a esto?

DUQUE.—¿Qué quiere usted que diga? Yo estoy vivo... mi esposa está ahí de cuerpo presente. Estos señores...

JUVE.—¡Estos señores están locos!

DUQUE.—No diré yo tanto.

JUVE.—(Medita un momento.) Señor Juez, la evidencia no puede negarse. Estos señores son víctimas, indudablemente, de una alucinación. Hay que buscar al matador de la señora Duquesa, ¿verdad, señor Duque?

DUQUE.— Opino lo mismo. Y estoy dispuesto a poner a vuestra disposición mi fortuna entera para que logréis descubrir al asesino.

JUVE.- (Significativo.) Todo se andará, señor Duque.

DUQUE.—Y puestos, al fin, de acuerdo, yo interpongo cerca del señor Juez mi jerarquía, mi calidad de *lord*, mi grandeza, para suplicarle me haga entrega del cadáver de mi esposa, evitando la horrible operación de la autopsia a ese querido cuerpo.

JUEZ.—¿Qué opinan el señor Comisario y el señor Juve?

COM.—¡El señor Duque tiene perfecto derecho!

JUVE.—La petición del señor Duque me parece muy natural.

JUEZ.—No hay más que hablar. El señor Duque puede disponer desde este instante del cuerpo de su desgraciada esposa. Haréis luego el mandamiento, señor Verdier. (A Verdier.)

VERD.—Descuide usía.

JUVE.—Yo a mi vez hago una petición al señor Duque.

DUQUE.—Diga usted.

JUVE.—Desearía me permitiese usted la estancia en su casa y en esta habitación todo el tiempo que me sea necesario para el esclarecimiento de los hechos.

DUQUE.—El señor Juve es dueño absoluto de esta casa y puede estar en ella cuanto tiempo necesite y quiera.

JUVE.—Muchas y repetidas gracias.

JUEZ.—¡Ea!, nuestra misión en esta casa ha terminado por ahora. Vámonos, señor Comisario.

COM.—Cuando usía guste.

JUEZ.—Señor Duque, mil perdones, y acompaño a usted en su inmerecido dolor.

COM.—Digo a usted exactamente lo mismo.

DUQUE.—Quedo a ustedes altamente agradecido.

JUEZ.—Juve, volveremos mañana a primera hora.

JUVE.—Está bien, señor. Yo aquí aguardo la llegada de ustedes. Cuando vengan estará hecho mi informe.

JUEZ.—Buena suerte.

JUVE.—Que no se vaya Ruy ni las parejas que guardan la puerta.

JUEZ.—(A Ruy.) Ya lo ha oído usted. (Mutis Juez, Comisario, Verdier, los agentes y Ruy. En escena, Duque, Juve, Leopoldo y sor Teresa. Pausa.)

JUVE.—El señor Duque debe retirarse a descansar. Acompáñele usted, Leopoldo. Sor Teresa y yo cuidaremos el cadáver de su esposa.

DUQUE.—Si es que así lo desea usted...

JUVE.—Sí, deseo estar solo para estudiar el asunto detenidamente.

DUQUE.—Pues vamos. (Ve al cadáver, se arrodilla y lo besa llorando.)

JUVE.—¡Vamos, señor Duque! ¡Serenidad! ¡No hay más remedio! (Acompaña al Duque hasta la segunda izquierda, le ve marchar y después cierra rápido la puerta con llave, corre el portier y baja adonde está sor Teresa. La separa del cadáver y le dice en voz baja:)

JUVE.—Sor Teresa, júreme por Dios crucificado que lo que dice usted es cierto.

TER.—Lo juro, señor Juve; lo que yo he guardado oculto bajo este paño era un hombre... ¡era el señor Duque!

JUVE.—La creo, hermana; aquí hay un misterio terrible.

TER.—Creo lo mismo, señor Juve.

RUY.—(Saliendo segunda derecha.) ¡A sus órdenes!

JUVE. — Usted también dice que aquí estaba el cuerpo de un hombre, del Duque, y que, sin saber cómo, se ha transformado en el de una mujer, en la Duquesa, ¿no es esto?

RUY.—Exacto.

JUVE.—¿Se han separado ustedes alguna vez de aquí?

TER.—(Imprudente.) ¡Yo no!

JUVE.—¡Ah! ¿Luego usted sí? (A Ruy.)

RUY.—Un instante. Me caía de necesidad y salí a buscar a Leopoldo, el criado, para tomar algo.

TER. — Es cierto. Yo quedé sola rezando. Apagamos la luz del centro, encendiendo sólo la de la mesa. A poco llegaron el Juez, el Comisario... Ya sabe usted lo demás.

JUVE. — Veamos. (Apaga centro y queda sólo la luz de la mesa como antes.) Así hubiese usted visto entrar a cualquier persona, ¿verdad?

TER.—Seguramente.

JUVE.—(Da la luz.) ¿Se durmió usted, por casualidad?

TER.—Me quedé un poco traspuesta; pero me repuse en seguida por el calor y noté que ese balcón se había cerrado.

JUVE.—¿Se había cerrado? ¿Es que estuvo abierto?

TER.— Sí, señor, estuvo abierto siempre, menos en ese momento, que lo encontré cerrado.

JUVE. — ¡Ah!... (Va al balcón, lo abre y vuelve a cerrar.) ¿En qué disposición estaba el otro cuerpo? ¿Como está éste? ¿De espaldas al balcón?

LOS DOS.—Sí, señor. (Se oyen golpes discretos segunda izquierda.

JUVE.—Voy, Leopoldo. (Abre.) ¿Y el señor?

LEOP.—Queda acostado.

JUVE. — Muy bien. ¿Tiene alguna otra puerta, además de la puerta principal, el dormitorio de vuestro amo?

LEOP. — No, señor, sólo hay un balcón que da a la otra fachada del parque.

JUVE.—Ruy, vaya usted y tiéndase a la puerta del señor Duque... el revólver, al alcance de la mano.

RUY.—Se hará así.

JUVE.—Usted, Leopoldo, dé la vuelta a la casa y colóquese debajo de ese balcón que dice. Si ve usted algo anormal, toque este silbato. (Se lo da.)

LEOP.—¡Al momento! (Mutis segunda derecha.)

JUVE.—Usted, sor Teresa, a rezar... y yo a descifrar este embrollo... ¡Veamos!... El balcón ha sido cerrado por alguien que no quería que yo lo viese abierto... luego por ese balcón empieza el hilo conductor al drama... ¡al esclarecimiento de la verdad! (Va al balcón y lo abre.) Allí en frente hay una casa hotel desalquilada... (Pausa. Se vuelve de espaldas al balcón y su mirada da sobre el almanaque.) ¡Hola, hola! Martes y 13, ¡qué casualidad!

TER.—¿Dice usted 13? ¿Ese número tenía entre interrogaciones el papel que apretaba en su maso la Duquesa?

JUVE.—¡Lo mismo que el conde de Arley, y nada me han dicho!

TER.—Ya he visto que se le ha olvidado al señor Juez.

JUVE.—¡Estos Jueces siempre están de prisa! 13 en la carta, 13 en el almanaque. Dos crímenes casi juntos y cerca uno de otro; esto se complica. ¿Sabe usted, sor Teresa, quién va a ser el autor de todo esto?

TER.—¿Quién?

JUVE.—¡Fantomas!

TER.—¡Ave María Purísima!

JUVE.—(Vuelve al balcón y lo cierra. Se pone otra vez de espaldas y desde él camina derecho a la mesa, de ella a la pared, coge la hoja del almanaque y la arranca. La hoja tiene un agujerito del diámetro de un centímetro.) ¡Eh! ¿Qué es esto? ¡A ver! (Coge el almanaque.) ¡Sí; aquí incrustado hay un proyectil! (Saca un cortaplumas y agranda el lecho del proyectil y lo saca.) ¡Aquí está! ¡Ya es mío! ¡Vea usted, sor Teresa: una bala de acero!... Esta bala es la que ha matado a... ¿a quién? ¡El Duque vive! La Duquesa ha muerto de una puñalada... ¡Esta bala, esta bala! ¡No cabe duda! Ha sido disparada con una escopeta de aire comprimido desde esa casa deshabitada. ¿Habrá antes de incrustarse en el almanaque atravesado el cuerpo de alguíen?... ¡Sí; esta es la pista!... ¡Rece usted, sor Teresa; rece usted! Yo voy a meditar, a estrujar mi cerebro, para adivinar la horrible trama, la tremenda maquinación, digna sólo de un genio... ¡Del genio del mal! ¡De Fantomas! (Se sienta en la mesa, enciende y fuma un cigarro, mirando las espirales del humo.)

TER.—(Rezando.) Padre nuestro que estás en los cielos, etc., etc. (Telón pausado.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Hermoso parque iluminado. Lado izquierdo, gran pabellón de dos fachadas, una dando frente al lado derecho, y tendrá puerta y escalinata al parque. La otra fachada, dando frente al público, y en la altura conveniente, gran ventanal de cristales de colores, que está abierto del todo y deja ver parte del salón, en el que, como en el parque, discurren elegantes máscaras de distintos disfraces, pues estamos en el baile de trajes y reunión de caridad en casa de la Princesa Lionel. Por entre las máscaras que están en el parque pasea un arrogante caballero, disfrazado de Fantomas (malla negra, capuchón, etc.). Lleva la capa, negra también, en el brazo. En sitios oportunos, sillas de mimbre, elegantes. Como ya digo, es de noche; noche de fiesta de caridad de la sociedad elegante de Londres. En escena, la Princesa, traje de capricho. El Ministro Gamer y el diplomático Lamerit, ambos con trajes ricos y elegantes; a capricho.

GAMER.—¡Bellísima Princesa! ¡Vuestra fiesta es un sueño! ¡Un cuento de Hadas!

LAM.—¡Es digna de María Antonieta!

PRIN.—¡Oh, por Dios, queridos amigos! Sólo he procurado encubrir, enmascarar, por así decir, el fondo triste, el fondo caritativo que la motiva, para que acudan ustedes a ella todos de buena voluntad y sin temores.

GAMER.—¡Y lo habéis logrado en toda la línea! A vuestra fiesta de caridad ha acudido todo lo más notable de Inglaterra.

PRIN.—¡Oh, sí; estoy satisfecha y agradecida!

LAM.—Y a propósito de enmascarar. ¿Quién es ese enmascarado a lo Fantomas que se pasea tan arrogante por vuestro parque?

PRIN.—¡Es vuestro colega! (A Gamer.) El ministro de Policía, sir Edeval.

GAMER.—¡Ya, vamos; debido a que no es capaz de atrapar a ese fantasma de Fantomas se ha engalanado con su traje!

LAM.—Que aquí entre los tres, es lo único que existe: el traje; ¿no opinan ustedes?

PRIN.—¡Completamente!

GAMER.—Hace mucho tiempo que yo he dicho que ese monstruo, ese atroz criminal, no existía más que en la imaginación del policía Juve y del señor ministro de Policía.

EDEV.—(Que avanzó y oyó.) ¡Se equivoca usted, querido colega. (Se levanta el capuchón.) ¡Perdonad, Princesa! (A ella.)

PRIN.—Está usted perdonado. Además, estaba deseando que os acercarais y nos contaseis algunas de esas aventuras extraordinarias.

EDEV.—¡Con mucho gusto! Pero puede muy bien ser que la presencie Su Alteza esta misma noche.

PRIN.—¿Qué dice usted? ¿Aquí? ¿En mi casa? ¿En medio de mi fiesta?

EDEV.—¡Sí, aquí; en medio de este baile!

GAMER.—¡Amigo Edeval, nos estáis metiendo el corazón en un puño! ¡Ja! ¡Ja! (Ríe.) ¡Está usted graciosísimo!

EDEV.—Lo que yo afirmo, con toda clase de respetos, es que Fantomas existe y que tal vez se encuentre entre nosotros.

LAC.—(Gran librea, bandeja y carta por la izquierda, esto es, del pabellón.) Para la señora Princesa.

PRIN.—¡Veamos! (Coge la carta. Mutis criado.) ¡Jesús! (Después de abrirla.) ¿Qué significa esto? ¡Miren ustedes, señores!

GAMER.—(Lo coge.) El número 13 entre interrogaciones, y debajo, en letra bien clara, dice: «Fantomas besa los pies a Vuestra Alteza y la suplica ayude al ministro de Policía a convencer a su colega el del Interior de que su existencia es indiscutible.»

EDEV.—¿Qué tal? ¿Qué dice usted ahora?

GAMER.—¡Que es una broma de gran efecto, ideada y llevada a cabo por alguna de estas mascaritas que nos rodean!

EDEV.—Está bien. ¿Y esta carta que yo he recibido esta mañana? Ved: el número 13 entre interrogaciones, y después oíd: (Lee.) «Si el señor ministro de Policía quire tener el gusto de ver a Fantomas, acuda esta noche al baile de la Princesa Lionel; allí nos veremos. Fantomas.»

LAM.—¡Bah! Alguna dama que desea veros y se ha valido de ese medio para atraeros a este baile.

EDEV.—¡Son ustedes inconvencibles!

PRIN.—Bueno, amigo Edeval, cubríos con ese capuchón y dadme el brazo, quiero tranquilizar a mis invitados, que desde que os han visto con ese traje, están asustados e intrigados, deseando saber quién sois.

EDEV.—¡Con mil amores! (Se cubre.) Pero aguardad un instante, Princesa; veo allí a uno de mis agentes, voy a darle órdenes y vuelvo a buscaros.

PRIN.—¡No tardéis! (Va Edeval a la segunda derecha y se pone a hablar con una máscara vestida de Arlequín.) ¡Y vosotros, señores, a mariposear al salón, a rendir corazones!

LAM.—¡Vuestra Alteza es quien los rinde a todas horas!

(En este momento, del grupo de máscaras que está en el parque, avanza un caballero vestido de Fantomas, igual exactamente al Ministro de Policía, y con elegancia ofrece el brazo en silencio a la Princesa, que lo acepta sin conocer el engaño. Edeval sigue hablando con el Arlequín.)

PRIN.—¡Gracias a Dios! ¡Creí que Fantomas me había robado a mi gentil caballero!

(Pasan; Gamer y Lamerit los siguen y entran en el salón, donde se mezclan con los demás.)

EDEV.—(Termina y vuelve.) A vuestras órdenes, Princesa. ¡Calle! ¿se han ido?... ¡Bah, sin duda me han dado esta inocente broma! Pues aquí me quedo, ¡lo que es esta noche Fantomas no entrará sin que yo le vea! (Se mezcla con las máscaras del parque. Por la escalinata del pabellón, la Marquesa y el Marqués de Granley. Trajes de capricho.)

MARQUESA.—(Riendo.) ¡Lo dicho, mi querido Marqués, bailáis de una manera detestable!

MARQUES.—Amiga mío, los años no pasan en balde, y poco a poco voy perdiendo hasta el compás.

MARQUESA.—Por eso sois un mal bailarín.

MARQUES.—Pero soy vuestro mejor amigo.

MARQUESA.—Así lo creo y vais a darme ahora mismo una prueba de ello.

MARQUES.—¡Decid!

MARQUESA.—¿Ve usted aquél caballero disfrazado de Fantomas?

MARQUES.—¡Sí!
MARQUESA.—Es el ministro de Policía.
MARQUES.—Bueno, ¿y qué?
MARQUESA.—Vais a él y con cualquier pretexto, le cogéis del brazo, os lo lleváis lejos..., al salón de juego, por ejemplo..., es un gran jugador de ajedrez..., invitadle.
MARQUES.—¿Os interesa eso mucho?
MARQUESA.—¡Muchísimo!
MARQUES.—Pues está hecho. Hasta luego, Marquesa.
MARQUESA.—Hasta luego, Marqués. (Pausa. Hace lo indicado, y cogido del brazo del ministro de Policía, entra en el pabellón. La Marquesa, mientras, pasea abanicándose.)
MARQUESA.—(Viendo que se fueron, sacando y leyendo una tarjeta.) No hay tiempo que perder. (Lee.) «Pierrot negro con pompones blancos.» ¡Aquél es! ¡Ya viene! (En efecto, avanza por la escalinata un Pierrot negro, pompones y antifaz blancos. Llega, se cuadra y hace el signo de interrogación; la Marquesa también (?). Se oye lejos un vals.) ¿13?... (Voz baja.)
PIER.—¡Aquí y en todas partes! (Lo mismo.) ¿La Duquesa?
MARQUESA.—Camino de la India.
PIER.—¿El asunto?
MARQUESA.—Terminado.
PIER.—Bien. No pierda usted de vista ese ventanal, (De frente al público.) y cuando llegue el momento del tumulto, aguardad debajo y recoged lo que por él os arrojen, que a vuestra vez lo lanzaréis a aquella máscara que, vestida de Arlequín, allí aguarda. ¡Vedla!
(En la segunda derecha está quieta la máscara Arlequín.)
MARQUESA.—¿No es un agente de Policía?
PIER.—Era. El agente está en nuestro poder; ¡el Arlequín es el número 7. ¿Se olvidará usted de algo?
MARQUESA.—De nada.
PIER.—(Signo de antes. (?) ¿13?...
MARQUESA.—Aquí y en todas partes. (El Pierrot desaparece por detrás del pabellón rápidamente.) ¡No sé qué irá a ocurrir! Aguardemos los acontecimientos; estemos alerta. ¿Eh? (Dentro del pabellón la gente corre hacia la izquierda y desaparece; los del parque suben al pabellón con el barullo consiguiente. Quedan en escena el Arlequín, segunda derecha, y la Marquesa debajo del ventanal. El vals ha cesado de repente.) ¿Qué es eso? (Va a ir.) No, yo aquí, en mi sitio. (Aprovechando que el salón ha quedado solo, se asoma al ventanal, rápido, el máscara a lo Fantomas que dió el brazo a la Princesa.)
MAS.—(A la Marquesa desde el ventanal.) ¿13?...
MARQUESA.—Aquí y en todas partes.
MAS.—(Arroja un collar de perlas o brillantes, una pulsera y unos pendientes que llevaba puestos la Princesa. La Marquesa lo recibe todo en su falda: el Fantomas desaparece y ella hace con su pañuelo una pelota con todas las alhajas y la lanza desde su sitio a las manos del Arlequín que, prevenido, la coge en el aire y desaparece. Todo ello bien hecho, sin precipitarse, dando a todo, todo el valor escénico posible.)
MARQUESA.—¡Hecho! Ahora arriba a ver qué pasa. (En el pabellón entran Gamer, Lamerit y varias máscaras.)
GAMER.—¡Qué osadía, qué atrevimiento!
LAM.—¡Esto es inaguantable!
MARQUESA.—¿Qué ocurre, señores? (Ya en la escalinata.)
GAMER.—¡Un hecho estupendo!

LAM.—¡Inaudito!

MARQUESA.—Pero ¿qué es ello?

GAMER.—Pues sencillamente, que la Princesa Lionel acaba de ser despojada de todas sus joyas a la vista de todo el mundo.

LAM.—¡En nuestras propias narices!

MARQUESA.—Pero ¿cómo ha sido?

GAMER.—La Princesa valsaba con el ministro de Policía. De repente, y como herida por un rayo, la Princesa cae desmayada al suelo, sin haberlo podido evitar su pareja. Acudimos todos, como era natural, y, entre el tumulto, máscaras de todas clases nos rodean, nos empujan, nos agobian y nos separan .. Cuando ya rehechos pudimos volver al lado de la Princesa, ésta había sido colocada en un sofá por el ministro, que después ha desaparecido, y todos notamos con estupefacción que el collar y cuantas alhajas llevaba la Princesa han desaparecido igualmente. ¿Dónde está el ministro?

LAM.—¿Dónde están las alhajas?

GAMER.—Aquí traen a la Princesa. Venid, señora. (Acuden al pabellón, por donde en brazos de varias damas llega la Princesa casi desmayada aún. Bajan al parque.)

DAMA.—El calor es ahí dentro excesivo y la traemos aquí a ver si se repone. (La sientan en una silla de mimbres.)

GAMER.—¡Muy bien hecho! Hacedla aire. Que busquen al doctor.

MARQUESA.—(A Gamer.) ¿Qué disfraz lleva el ministro de Policía?

GAMER.—A lo Fantomas.

MARQUESA.—¡Ah! Pues le acabo de ver en el salón de juego jugando con mi marido.

GAMER.—¡Imposible!

MARQUESA.—¡Lo que os digo!

GAMER.—Lamerit, vaya usted a buscarle.

LAM.—Al momento. (Mutis pabellón.)

DAMA.—Ya vuelve del todo.

PRIN.—¡Dios mío! ¿Qué me pasa? ¿Qué es esto?

GAMER.—Tranquilizaros, señora; ya pasó, no ha sido nada.

PRIN.—¿Qué? ¡Mi collar! ¡Mi pulsera! ¡Mis pendientes! ¡Robada! ¡Me ha robado el canalla! (Llega el ministro y Lamerit.)

GAMER.—¿Quién, señora, quién?

PRIN.—(Al ver a Edèval en la escalinata.) ¡Ese miserable! ¡Ese bandido! (Señalándole.)

EDEV.—¿Yo?

PRIN.—Sí, usted. (Con amargura.) ¡Mi gentil caballero!

EDEV.—¡Señora, explíquese usted por favor!

GAMER.—¡Su acusación es gravísima, señora Princesa!

PRIN.—Pues qué, ¿no han visto todos que yo no me he separado de su brazo, que con él he valsado, que no me ha dejado ni un momento?

TODOS.—¡Es cierto!

EDEV.—(Muy firme.) ¡No lo es! ¡Están ustedes equivocados! Apelo al testimonio del señor Marqués de Granley. Diga usted dónde me ha encontrado, dónde me ha invitado a jugar al ajedrez.

MARQUES.—Aquí.

TODOS.—¡Aquí!

MARQUES.—Exactamente.

EDEV.—Yo dije a Vuestra Alteza que iba a dar unas órdenes al agente que tengo colocado a la puerta del parque. Fuí, las di, y cuando regresé se habían ustedes retirado. Después llegó el señor Marqués, me invitó,

cedí, y en el salón de juego estoy hace bastante tiempo. Recurro al testimonio de los que allí estaban. ¿Es verdad, señores?

VARIOS.—¡Es verdad!

GAMER.—Entonces, Princesa, ¿a quién delante de nosotros habéis dado el brazo? ¿Con quién habéis bailado?

PRIN.—¡Eso pregunto yo, Dios mío!

LAC.—(Bandeja y sortija ceñida a una tarjeta enrollada. Del pabellón.) Para su Alteza.

PRIN.—¡A ver! ¡Mi sortija de blasón y dentro de ella una tarjeta enrollada! ¡Sí, el número 13 entre interrogaciones y debajo: «Fantomas no olvidará el vals de esta noche»!

EDEV.—(Al lacayo.) ¿Quién os ha dado esto?

LAC.—Un máscara vestido como su señoría. (Mutis pabellón.)

EDEV.—¿De Fantomas?

PRIN.—¡Es él!

EDEV.—Que se cierren las puertas del parque. Cinco mil libras al que me presente, vivo o muerto, un máscara igualmente vestido que yo. Ese máscara es Fantomas. (Alboroto consiguiente; varios salen en busca del pretendido ladrón.) Señora Princesa, permitid que el señor Lamerit llame por teléfono a casa del Duque de Guerin y ordene al detective Juve que venga inmediatamente

PRIN.—Ordenad cuanto gustéis.

EDEV.—(A Lamerit.) Ya lo habéis oído. Yo garantizo a todos (Mutis Lamerit casa.) que de esta hecha Fantomas caerá en mi poder.

GAMER.—¿Os encontráis mejor, señora?

PRIN.—Voy serenándome poco a poco. Señor Edeval, os pido mil perdones por mis frases de antes.

EDEV.—Señora Princesa, no admitiré ese perdón mientras no ponga a vuestros pies al causante de todas ellas.

LAM.—(Por el pabellón.) El señor Juve viene ya.

EDEV.—Gracias. Mientras llega, señores, ruego a todos separen las caretas de su cara. En un caso como éste, deseo saber qué personas son las que me rodean. (Todos obedecen.) Gracias a todos; ya veo que estoy entre amigos.

ARL.—(Segunda derecha, anunciando.) ¡El señor Juve!

EDEV.—Que pase en seguida, y no dejes salir a nadie bajo ningún pretexto.

ARL.—Entendido. (Mutis.)

JUVE.—(Sombrero en mano.) Me han mandado venir. Aquí estoy. ¿Qué ocurre?

EDEV.—Ocurre que Fantomas, con un disfraz como el mío, se ha introducido aquí, y valiéndose de medios casi sobrenaturales ha ocupado mi sitio cerca de la Princesa, con quien hasta ha bailado, robándola al propio tiempo cuanto llevaba encima.

PRIN.—Menos esta sortija que me ha devuelto con esta tarjeta.

JUVE.—(La examina y devuelve.) ¿Ha pasado mucho tiempo desde que ha ocurrido eso?

EDEV.—Cerca de una hora.

JUVE.—Llamad al agente que me ha abierto la puerta del parque. ¿Es de vuestra confianza?

EDEV.—Completamente. (Llega el Arlequín.)

JUVE.—¿Ha salido alguien?

ARL.—Nadie.

JUVE.—Está bien; puede usted volver a su sitio. (Mutis el Arlequín.) ¿Se ha hecho requisa en el palacio?

EDEV.—Aún no. Pero he ofrecido cinco mil libras al que me traiga vivo o muerto al dichoso máscara. Y varios han salido en su busca.

JUVE.—Y no hay nada aún, ¿verdad?

EDEV.—Nada,

JUVE.—¿La señora Princesa tendrá seguramente la lista de sus invitados?

PRIN.—Debe de estar en poder del ujier que los iba anunciando.

JUVE.—Necesito esa lista. Y perdonen ustedes, pero es necesario que yo compruebe con ella la presencia de todos.

PRIN.—¡Que venga Mauricio! (Van a buscarle.)

JUVE.—¡Mil gracias, señora!

MAU.—(En la escalinata, por el pabellón.) ¡A las órdenes de Su Alteza!

PRIN.—Obedece al señor en cuanto te ordene. (Mauricio saluda y baja.)

JUVE.—(A Mauricio.) Usted tendrá, según indica la señora Princesa, la lista de los invitados a esta fiesta.

MAU.—Sí, señor; aquí está. (La entrega.) La cruz indica los señores que han asistido, esta cruz la pongo siempre después de anunciarlos.

JUVE.—¡Está perfectamente! De modo que los que no tienen cruz, son ..

MAU.—Los que no han venido.

JUVE.—Eso es. Aquí veo: «Señor Conde de Arley.»

PRIN.—La lista fué hecha antes de ocurrir el desdichado suceso.

JUVE.—Comprendido. (Lee.) «El Duque de Guerin » Este, claro es, está en caso parecido. (Sigue leyendo.) ¡Ah! ¡Ya está aquí!...

TODOS.—¿Cómo?

JUVE.—¿No despidieron ustedes ayer al Príncipe de Yorkin, que salió para sus posesiones de Alemania?

PRIN., GAMER. y VARIOS.—¡Efectivamente!

JUVE.—¡Pues aquí está, y tiene puesta a su lado la cruz hecha por Mauricio!

MAU.—Y yo recuerdo perfectamente haberle anunciado.

JUVE.—¡Bravo! ¿Y no recordáis por casualidad su disfraz?

MAU.—(Piensa.) ¡No lo recuerdo!

JUVE.—¡Bueno!... Hay que averiguar quién de la casa del Príncipe ha cedido o vendido su invitación. Esté usted tranquila, señora Princesa, yo lo sabré y recuperaré sus alhajas. ¡Voy a ocuparme de ello!

GAMER.—¡Es admirable!

EDEV.—(A Juve.) Tengo un gran interés, amigo Juve, en vuestra victoria.

JUVE.—¡Se hará cuanto se pueda, señor ministro! (Ruido de voces, etcétera, lado izquierdo, en el parque y detrás del pabellón.)

EDEV.—¿Qué pasa?

GAMER.—¿Qué ruido es ese?

CAB. 1.º—(Sale precipitado por la izquierda.) ¡Señor ministro, ya le tenemos!

CAB. 2.º—¡Ya está en nuestro poder!

EDEV.—¿Quién? ¿Fantomas? ¿Vivo?

CAB. 1.º—¡Lo hemos encontrado muerto, al pie de la tapia del parque! ¡Aquí lo traen!

EDEV.—¡¡Por fin es nuestro!! (Salen dos, conduciendo en una butaca de mimbre, sentado, un caballero vestido de Fantomas y cubierta su cara con el capuchón; le colocan en el centro de la escena.)

EDEV.—¡Atrás todos! ¡Quiero yo ser el primero que arranque el maldito capuchón de su cara! (Lo hace. Todos retroceden llenos de asombro.)

EDEV. TODOS.—¡¡El Duque de Guerin!! (Para mayor efecto, debe hacer esta salida el mismo actor que haga el Duque; el falso Duque.)

JUVE.—(Dando un salto) ¿Qué? (Avanza. Le ve.) ¡Dios mío! ¡¡Es él, el Duque!! ¡Pero si yo me acabo de separar de su lado! Señor Ministro de Policía; este hombre no puede ser el Duque... el Duque está en su palacio. ¡Acabo de dejarle!

EDEV.—(A Lamerit.) ¡Llamad por teléfono al Duque de Guerin!

LAM.—¡Volando! (Entra en la casa.)

EDEV —Así saldremos de dudas inmediatamente. Si allí está el Duque, ¡Fantomas es éste!

JUVE.—(¡Pero qué imaginación tan perversa, tan admirable! ¡La bala!...¡El Duque!... ¡Este cadáver!... ¡Ah, sí! ¡Estoy sobre la verdadera pista!)

EDEV.—(A Juve.) ¡Registre usted a ese hombre!

JUVE.—(Lo hace.) Aquí, en esta escarcela, hay una carta. (La saca y lee el sobre.) «Para el Ministro de Policía.»

EDEV.—¡Venga! (La abre y lee.) «Mi querido ministro: Cumplo lo prometido. Pero, claro es, solamente como ahora, ¡muerto!, era posible que usted, ni nadie, pudiese ver a Fantomas.» (Aparecen Lamerit escalinata.)

GAMER.—¿Qué hay?

LAM.—¡El propio Duque *espera al aparato!*

JUVE.—¡¡Lo estáis viendo!! ¡Necesito esa carta! ¡¡Deseo ese cadáver!!

EDEV.—¿Para qué? ¡Si *todo* ha concluído!

JUVE.—(Avanza y pone su mano sobre la cabeza del cadáver.) ¡Oidme, señor Ministro de Policía! ¡Oidme todos! ¡Delante de este cadáver, yo os juro por la salvación de mi alma que Fantomas no ha muerto. (Expectación. Cuadro. Telón pausado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. Estamos en la continuación de la noche del baile de trajes de la Princesa y en el momento en que el Duque «espera al aparato». Luces del centro y la de la mesa encendidas; no ha variado nada. Solo el cuerpo de la Duquesa ha sido retirado. Duque, hablando por teléfono.

DUQUE.—Sí, yo soy... y usted es Juve... bien, salúdele en mi nombre... ¿Qué ha pasado?... ¡Ya! ¡Es asunto muy largo para dicho por teléfono! Bien, pues le espero sin acostarme hasta que usted regrese... sí... adiós... gracias... adiós... (Deja el teléfono, sonríe, saca un puro y lo enciende. Toca el timbre.)

LEOP.—(Sale segunda derecha.) ¿Llamaba el señor Duque?

DUQUE.—Sí, Leopoldo. Cuando venga el señor Juve, me avisas; mientras tanto, que nadie me moleste.

LEOP.—El señor será complacido.

DUQUE.— Puedes retirarte. (Leopoldo saluda y sale por donde entró. El Duque llega hasta la puerta, observa si se aleja y después la cierra y corre el portier. En seguida, y allí mismo que está la llave de la luz, apaga la del centro, quedando la escena solamente con la lámpara de la mesa de «pantalla roja». Va derecho a la librería de encima de la chimenea y retira un libro grueso. En el hueco que deje el libro aparece una luz verde.) ¡Ahí están! (Coloca el libro en su sitio y después, en el lado contrario, saca otro, mete la mano en el hueco, oprime un resorte y la chimenea se abre silenciosamente. Por el hueco de la chimenea aparece el Pierrot negro y el Fantomas que dió el brazo a la Princesa.)

DUQUE.—¿Sois vosotros? (Bajo.)

PIER.—Sí, capitán. (Se descubren.)

DUQUE.—¿Qué ha ocurrido?

PIER.—Todo ha pasado como teníamos pensado y previsto.

FAN.—¡Yo suplanté al estúpido Ministro de Policía!

DUQUE.—¿Las joyas?

PIER.—Aquí están.

DUQUE.—Veamos. (Va a la mesa, se sienta en su sitio y se pone a examinar el collar, la pulsera y los pendientes, envueltos en el pañuelo de la Marquesa. Pausa.) Son, en efecto, joyas de verdadera Princesa, el golpe ha sido certero; este collar, esta pulsera y estos pendientes, valen más de setecientos mil francos.

PIER. y FAN.—¡¡Soberbio!!

DUQUE.—Esto hace llegar al tesoro de nuestra asociación a la no despreciable suma de ¡setenta millones de francos! ¡Somos muy ricos!

PIER.—¡Gracias, capitán, a vuestro indiscutible talento!

FAN.—A vuestro valor, a vuestra audacia.

DUQUE.—¡Bah, niñerías! A otra cosa, ¿la Duquesa?

PIER.—Todas las órdenes se han cumplido como siempre, al pie de la letra... ¡va camino de la India!

DUQUE.—¡¡De dondo no volverá, seguramente!!

PIER. — No estoy muy tranquilo, capitán; creo que hemos debido matarla.

DUQUE.—No era necesario; además, ya sabes que cuidó y cerró los ojos a mi pobre madre. Fantomas sabe agradecer. La ha devuelto el favor, *no apagando los suyos.*

FAN.—La segunda parte de nuestro trabajo de esta noche se realizó sin tropiezo; de nuestros compañeros números 1 y 3 recibimos éste y yo, por encima de la tapia del parque de la Princesa, el cadáver de vuestro... del Duque de Guerin, vestido con uno de nuestros trajes y con vuestra carta colocada en su escarcela. Lo demás...

DUQUE. — Ya lo comprendo. ¡El Ministro de Policía leyó mi carta y para todo el mundo Fantomas ha muerto!

PIER.—Para todo el mundo no. Juve no lo ha creído.

DUQUE.—¡Ah!, es que Juve tiene muchísimo talento. Ya lo sabéis; es un digno adversario, del que hay que deshacerme sin remedio... La semejanza de Fantomas con el Duque produciría...

PIER.—¡Un efecto tremendo!

DUQUE.—¿Juve?

PIER.—Juve no volvía de su asombro.

DUQUE.—Bravo. Muy pronto le daré yo la solución de todo. Decidle a la Marquesa que venga a verme inmediatamente; no por ahí (La chimenea.) por la puerta principal, como una visita de todo respeto y carácter urgente... ¡Tomad estas joyas! (Se las entrega a Pierrot.) Unidlas al tesoro y avisad a todos los compañeros para que mañana no falte nadie. El robo de esta noche pone fin a nuestra asociación. Somos inmensamente ricos. Mañana repartiré entre mis doce compañeros *cincuenta millones* de francos... Yo, con la fortuna del Duque de Guerin que me pertenece de derecho y los veinte millones restantes, creo que viviré perfectamente.

PIER. y FAN.—¡¡Viva Fantomas!!

DUQUE.—¡Chist! Silencio, amigos míos, no olvidéis que desde hoy Fantomas ha muerto. (Los acompaña a la chimenea. Entran ellos. Se despiden de él con la interrogación. Se cierra la chimenea. Va a la derecha. Descorre el portier. Abre. Da luz.) ¡No hay más remedio! ¡Hay que matar a Juve! ¡Meditemos! (Pausa.)

LEOP.—(En la puerta.) ¡Señor!

DUQUE.—¿Qué hay?

LEOP.—¡El señor Juve!

DUQUE.—Que pase inmediatamente. (Entra Juve.) ¡Oh, amigo Juve, me tenéis muerto de impaciencia! ¿Qué ha pasado?

JUVE.—(Con calma.) ¡Poca cosa! A la Princesa le han robado un collar, unos pendientes y una pulsera por valor de cerca de ochocientos mil francos.

DUQUE.—Casi un millón. (Natural.)

JUVE.—Casi un millón. Como usted ve, el golpe ha sido bueno; pero yo recuperaré muy pronto esas alhajas.

DUQUE.—¿Está usted seguro?

JUVE.—¡Tengo la evidencia!

DUQUE.—¡Sois infatigable!

JUVE.—Cumplo con mi deber. Pero lo más extraordinario de esta noche no ha sido eso.

DUQUE.—¿Ha habido más?

JUVE.—Y de tal naturaleza, que si el Ministro de Policía no se engaña, la sociedad está de enhorabuena. ¡Fantomas ha muerto!

DUQUE.—(Gran asombro.) ¡Qué! ¿Es cierto eso?

JUVE.—¡Así parece! Pero ¿qué os pasa, señor Duque? ¿Os ponéis malo?

DUQUE.—No es nada, un desfallecimiento pasajero. Y decid, ¿qué pruebas hay para creer esa muerte?

JUVE.—La mejor de todas: su propio cadáver.

DUQUE.—(Febril.) ¿Estáis seguro?

JUVE.—Yo mismo lo he visto.

DUQUE.—¿Y ese hombre?

JUVE.—Ese hombre se parece a usted de un modo extraordinario.

DUQUE.—(Sollozando) ¡Es él, Dios mío! (Cae en la butaca)

JUVE.—(Estupefacto) ¿Qué, señor Duque, queréis explicarme?

DUQUE.—Sí, amigo Juve, sí, la duda es imposible, otro nuevo golpe a mi dolorido corazón.

JUVE.—¿Cómo?

DUQUE.—Ese hombre que habéis visto es, en efecto, Fantomas, yo os lo aseguro.

JUVE.—¿Y como sabe usted?...

DUQUE.—Porque, sépalo, Juve, por fin, aunque me cause rubor el confesarlo, ese hombre, ese desgraciado, ladrón y asesino, ese aborto del infierno, Fantomas, ¡es mi hermano!

JUVE.—(Atónito) ¡Su hermano de usted!

DUQUE.—¡Por mi desgracia!

JUVE.—¡Pero yo no vuelvo de mi asombro!

DUQUE.—Nacimos los dos en el castillo del Grin el mismo día, somos gemelos. Nuestro padre se hallaba hacía unos meses ausente a causa de la guerra con Rusia, mandando un cuerpo de ejército. Durante un año no supieron a dónde dirigirle tan fausta noticia, la guerra impedía toda clase de comunicaciones. Continuamente cruzaban el país tribus nómadas en busca de mejor acomodo; y una de ellas robó a mi hermano; un día yo regresé solo al castillo en brazos de la desolada doncella; no habíamos cumplido dos años. A los seis meses se hizo la paz, y mi padre anunció su llegada; mi cariñosa madre, para evitar a su querido esposo tan tremendo disgusto, le presentó sólo un hijo, a mí, ocultándole para siempre la existencia del otro.

JUVE.—¿Pero?...

DUQUE.—Los criados fueron despedidos y pagados a peso de oro.

JUVE.—¿Y después?

DUQUE.—Después, el jefe de aquella tribu llegó a ofrecerme el secreto de la vida de mi hermano; yo acepté con júbilo y tuve una entrevista con él; mi hermano era un cínico, un criminal, un miserable. Sólo quería dinero a cambio de su silencio; murieron nuestros padres; entonces las peticiones de dinero se hicieron más violentas, más terribles sus amenazas. Por último, a qué cansaros: enamorado locamente de la mujer de su hermano, penetró hace pocas noches aquí, y no pudiendo lograr sus infames deseos, traspasó su corazón, como visteis, de una tremenda puñalada. (Llora y calla.)

JUVE.—Pero las pruebas de todo esto...

DUQUE.—Están aquí, en mi mesa.

JUVE.—¿En su mesa? Yo he registrado su mesa y nada he visto.

DUQUE.—Están cerradas en un cajón secreto.
JUVE.—¡Ah!
DUQUE.—¡Vedlo! (Juega el secreto y saca un paquete de cartas.) Aq están, tomad, podéis examinarlas.
JUVE.—Señor Duque, yo no vuelvo de mi asombro, y, ¿cómo explicái a qué achacáis su muerte?...
DUQUE.—Para mí no ofrece la menor duda. Su cabeza ha sido vari veces pregonada, puesta a precio; algún nuevo Judas habrá cobrado y su recompensa.
JUVE.—¡Puede muy bien ser así! Señor Duque, supongo no tendrá u ted inconveniente en hacer una declaración escrita de cuanto me ha cont do, a la que unirá usted este paquete de cartas.
DUQUE.—Contad con ello.
LEOP.—(En la puerta.) Dispense el señor...
DUQUE.—¿Qué pasa?
LEOP.—La señora Marquesa de Granley, insiste en ver al señor Duqu
JUVE.—¿La Marquesa a estas horas?
DUQUE.—¡Son apenas las doce de la noche! Que pase. No le extrañe usted nada; estaría en el baile, ¿verdad?
JUVE.—Exactamente.
DUQUE.—Pues de allí viene. A la Marquesa y a mí nos han unido hac años lazos muy cariñosos. ¿Comprendéis?
JUVE.—¡Entendido!
MARQUESA.—(Sale y se acerca al Duque.) ¡Mi querido Duque!
DUQUE.—¡Amiga mía! Ya estoy enterado.
MARQUESA.—Enterado, ¿por quién?
DUQUE.—Mi amigo el señor Juve...
MARQUESA.—¡Ah!, no había reparado. ¡Perdón!
DUQUE.—Puedes hablar delante de él. Acabo de confesárselo todo.
MARQUESA.—¡Tuvo el fin que se merecía!
DUQUE.—¡Sí; pero era mi hermano!
JUVE.—Con permiso del señor Duque...
DUQUE.—Haced cuanto queráis, pero volved aquí pronto.
JUVE.—Dentro de un minuto. Señora Marquesa... (La saluda con un ligera inclinación de cabeza. Pausa. El Duque va a afirmarse de que Juv no está detrás de la puerta. La Marquesa hace lo propio en el lado contra rio. Cierran y corren el portier los dos a un tiempo y suavemente. Después bajan rápidos y en voz baja dicen:)
DUQUE.—Ese hombre sospecha. ¡Hay que matarlo!
MARQUESA.—¡Manda y serás obedecido!
DUQUE.—Dentro de una hora se sentará en esa mesa para terminar su informe.
MARQUESA.—¿Y bien?
DUQUE.—¿Te acuerdas cómo mataste al Duque?
MARQUESA.—¡Sí!
DUQUE!—¿Matarás a Juve de la misma manera?
MARQUESA.—¿Cuándo?
DUQUE.—¡Dentro de una hora! (Se miran, hacen los dos el signo de interrogación y cada uno va a su puesto con las mismas precauciones de antes, y descorren el portier y abren la puerta. Vuelven a la escena. Duque toca el timbre y entra Leopoldo.) Leopoldo, acompañad a la señora Marquesa. (Leopoldo se inclina.)
MARQUESA.—¡Adiós, pobre Duque! ¡Resignación!
DUQUE.—¡Gracias, querida amiga, gracias! (Mutis Marquesa y Leopoldo, segunda derecha.)

JUVE.—(Aparece segunda izquierda y observa.)

DUQUE.—(Que ha despedido a la Marquesa.) El triunfo es... ¡Ah, (Al verle.) qué susto me ha dado usted, querido Juve!

JUVE.—¿Qué decía antes del triunfo?

DUQUE.—Que el triunfo es siempre de la justicia.

JUVE.—Sin género de duda. (Pausa.)

DUQUE.—¿Va usted a trabajar esta noche?

JUVE.—Sí; me llevaré seguramente más de dos horas trabajando.

DUQUE.—Entonces os dejo, amigo mío; ¡hasta mañana! (Toca el timbre.)

JUVE.—Resignación y que duerma usted, señor Duque.

(Sale Leopoldo. El Duque le hace indicación de que le acompañe.)

DUQUE.—¡Gracias!

(Mutis Duque y Leopoldo segunda izquierda.)

JUVE.—(Solo. Pausa.) ¿Estaré yo equivocado? ¿Será verdad cuanto dice este hombre? ¿Estaré yo acusando a un inocente? No; mi conciencia está tranquila; la pista es buena. Sigamos con nuestro informe, y confiemos en la Divina Providencia... (Se sienta en la mesa.) No tengo la menor duda... lo que me faltan son pruebas... pruebas. ¡Oh, en cuanto las tenga! (Sale Leopoldo segunda izquierda.) ¿Es usted, Leopoldo? Tenga la bondad de cerrar con llave esa puerta. (Lo hace.) Muy bien. Digale usted a Ruy que venga.

LEO.—Con mucho gusto. (Mutis Leopoldo.)

JUVE.—Voy a empezar mi juego. Tengo fama de ser buen jugador. ¡Allá veremos!

RUY.—¿Da usted su permiso?

JUVE.—Adelante. ¿Cumpliste mi encargo?

RUY.—Escrupulosamente. Me he pasado toda la tarde en la casa de enfrente.

JUVE.—¿Y qué?

RUY.—Que sobre la arena del patio y sobre el polvo del piso de la escalera de las habitaciones de arriba está marcado con toda claridad la delicada huella de un pie de mujer admirablemente calzado.

JUVE.—¿Estás completamente seguro?

RUY.—Segurísimo. En la primera parte, la forma de una suela delicada y fina; dos dedos más atrás, el tacón de un zapato o bota de estilo Luis XV. Aquí tiene usted el dibujo. (Le entrega el dibujo.)

JUVE.—Efectivamente.

RUY.—Las huellas terminan al pie mismo de la ventana que cae frente por frente a este balcón. Además...

JUVE.—¿Qué?

RUY.—Que sobre el marco de la ventana está claramente marcada una raya de un dedo de ancha, como si encima hubiese estado puesto un palo... una llave...

JUVE.—O el cañón de una escopeta.

RUY.—Sí señor.

JUVE.—¡Bravo, Ruy! El éxito va coronando nuestros esfuerzos. ¡Ni una palabra a nadie! Puedes retirarte. Antes ábreme ese balcón, hace un calor insoportable.

(Ruy va al balcón; al irlo a abrir retrocede.)

RUY.—Señor Juve.

JUVE.—¿Que hay?

RUY.—¡Acabo de ver una cosa extraordinaria!

JUVE.—¡Dí, pronto!

RUY.—Acabo de ver en la casa de enfrente, y en la habitación enfrente

de ésta, entrar una persona alumbrada con una vela que han apagado rápidamente.

JUVE.—¡A tierra! (Se arrodillan.) Escucha.

RUY.—(Lo mismo.) Soy todo oídos. (Retírase de delante del balcón.)

JUVE.—(En pie los dos.) Sal y pide a Leopoldo una americana y un pañuelo de seda. (Sale Ruy.) Los acontecimientos se vienen encima Estoy seguramente en peligro de muerte. No cabe duda, me quieren asesinar como al otro, ¡ya me lo esperaba! Pero nos veremos, amigo, nos veremos.

RUY.—Aquí está esto.

JUVE.—¿Tú sabes lo que es un espantapájaros, verdad? Pues haces con eso lo mismo, colocando la ropa alrededor de ese busto, y, mientras, yo apago la luz y abro ese balcón a rastras. Manos a la obra. (Apaga la luz del centro y queda sólo la de la mesa. Arrastrándose llega al balcón, y sin levantar más que el brazo, lo abre de par en par en la misma forma.) ¡Ajajá! Ahora... (Lo hace todo.) Este muñeco está perfectamente; le colocaremos en mi sillón con toda clase de precauciones; eso es. Mira, parece una persona que está escribiendo; yo, por ejemplo... Ahora tú coges tres hombres que te acompañen, y sin que se note el vuelo de una mosca, os apoderáis del pájaro que está en la casa de enfrente; vivo o muerto lo conducís aquí inmediatamente. (Ruy sale disparado.) Ahora la luz; toda la luz. ¡Así!.. (Da la del centro.) ¡A ver qué pasa!.. (Pausa. Saca un pitillo, lo enciende y fuma sin perder de vista al muñeco. Después se oye un chasquido y el muñeco cae redondo de la silla al suelo.) ¡Soberbia puntería! Si llego a ser yo, soy hombre muerto. (Acude a levantarlo.) ¡Sí, aquí está la bala!... Exactamente igual a la anterior. ¡Ahora esperemos! (Deja al maniquí y se sienta en su sitio; sigue fumando. Pausa.) Ya están aquí, ya llegan. ¡Adelante!

(Entra Ruy, y tres policías conducen a una mujer que tiene la cara tapada con un capuchón.)

RUY.—¡El pájaro era pájara!

JUVE.—Ved si trae armas.

RUY.—No tenía más arma que este juguete; esta escopeta de aire comprimido. (La coge de uno de los policías que la trae.)

JUVE.—(Examinándola.) ¡Magnífico ejemplar! Un arma de verdadera precisión. (A la Marquesa.) Señora, os felicito. Podéis retiraros, pero siempre al alcance de mi voz. (Salen los tres. Juve cierra la puerta y corre el portier.) Siéntese usted, señora, y arroje el capuchón. ¡Estará usted sudando!

MARQUESA.—(Se sienta y con un arresto de cólera arroja al suelo el capuchón.)

JUVE.—¡Calle! ¿La marquesa de Granley?..

MARQUESA.—La misma, sí, señor, la misma.

JUVE.—Señora, ¿cuánto os han ofrecido por matarme? Porque supongo que no lo intentará usted negar

MARQUESA.—Nada absolutamente. He caído como una estúpida en la ratonera. ¡Los celos tienen la culpa!

JUVE.—¿Los celos? Estáis celosa de mí.

MARQUESA.—Lo estoy del Duque.

JUVE.—(Con candidez.) ¡Ah! ¿Es al Duque al que?... ¿Por ventura os habéis dedicado a matar duques?

MARQUESA.—¡No comprendo!

JUVE.—Basta de farsas. A quien quería usted matar es a mí, no lo neguéis; estoy convencido de ello.

MARQUESA.—Usted se equivoca, Juve; usted nada me ha hecho, mientras que el Duque...

JUVE.—No quiere, sin duda, reanudar antiguas relaciones... y los celos, los malditos celos... No está mal urdido. ¡Veremos si los jueces aprecian vuestro esclarecido talento!

MARQUESA.—¡Los jueces! ¿Pero es que voy yo a ser juzgada?

JUVE.—Seguramente, si es que no llegamos a entendernos...

MARQUESA.—¿A entendernos en qué? ¿De qué manera?

JUVE.—Yo tengo la prueba indudable de que esta es la segunda vez que disparáis este lindo juguete desde la casa de enfrente sobre determinada víctima. La primera vez disteis en el blanco: matasteis a un hombre; la segunda vez el hombre era un grotesco espantapájaros. Estas dos hazañas no las ha hecho usted por emulación propia, las ha realizado por mandato de un jefe supremo: ¡Fantomas!

MARQUESA.—¡Falso! ¡Yo no conozco!...

JUVE.—Usted pertenece a la banda de Fantomas desde que dicha bandá, disfrazada de artistas ambulantes, trabajaba por pueblos y ciudades; en ella era usted el asombro por su habilidad en sus tiros al blanco. Se anunciaba usted como americana, y sus tiros, por lo maravillosos, eran estrepitosamente aplaudidos. Más tarde, tropezó usted con el viejo marqués de Granley, del que consiguió usted llegar a ser su legítima esposa. ¡Ya ve usted, señora Marquesa, que no es la policía tan inocente como parece!

MARQUESA.—¿Y qué tiene que ver todo eso?

JUVE.—Mucho. Usted es tal vez uno de los principales asociados de la banda. Yo la prometo la libertad y el silencio, a cambio de que usted sea expansiva en sus declaraciones.

MARQUESA.—¡Nunca!

JUVE.—¡Piense usted muy bien que la espera el patíbulo!

MARQUESA.—¡Todo antes que la traición a los míos!

JUVE.—¡Ah! ¿Luego es cierto que pertenece usted...?

MARQUESA.—¿A quién? ¿A Fantomas? ¡En cuerpo y alma, ya lo sabe usted; ahora déjeme salir!

JUVE.—¡Está usted loca! ¡Saldrá usted de aquí; pero para ir a la cárcel.

MARQUESA.—¿Quién, yo? ¿La Marquesa de Granley? Pero ¿usted quiere ponerse en ridículo?

JUVE.—La Marquesa de Granley ha sido cogida en infraganti delito de tentativa de asesinato, por consiguiente... (Va a ella.)

MARQUESA.—¡Quieto! ¡No olvide usted que soy mujer capaz de mataros! (Coge rápida la lámpara que está sobre la mesa y le amenaza con ella.)

JUVE.—(Retrocede revólver en mano.) ¡Cuidado con lo que hace usted, señora! ¡Me repugnaría mucho verme obligado a disparar sobre vuestro delicado cuerpo!

MARQUESA.—¡Antes me salvaré! ¡Me salvará Fantomas! (Se apaga la luz, quedando la escena a oscuras. Se abre la chimenea y sale por ella un Fantomas que coge del brazo a la Marquesa y se la lleva. Este se lleva también la lámpara.)

JUVE.—¡Traición! ¡Ruy! ¡Todos aquí! ¡Luz, luz!... (Llega como puede a la llave de la luz y da luz, después abre la puerta. Entran Ruy y otro Agente.) Se marchó, se marchó, pero ¿por dónde? (La izquierda.) Esta puerta... cerrada, la otra la he abierto yo... por el balcón, (Va.) imposible, se hubiese matado... ¡Corred, registrad el parque!... ¡Registradlo todo!... (Mutis los Agentes por donde entraron.) ¡Hay que reconocerlo, Fantomas es el genio del mal; pero es un genio! ¡La única prueba que tenía en mi poder... acaba de arrebatármela! ¡Confieso mi derrota!.. De igual modo que han querido asesinarme a mí, asesinaron al Duque; por

el mismo camino que ha desaparecido la Marquesa sacaron el cadáver y colocaron el otro. La historia de los hermanos es cierta en gran parte. ¡El que vive es el bandido que suplanta a su hermano! ¡Sí... no hay duda; esto es! ¡Lo veo claro!... Pero la prueba, la prueba en qué apoyar todos estos razonamientos, ¿dónde está? ¿Dónde encontrarla? (Suena el timbre del teléfono. Va a él.) ¿Quién?... ¡Sí! Juve. ¿Qué? ¿Un telegrama? ¿Para mí? ¿De dónde? ¿Lo habéis abierto? ¿No? ¡Aun no ha llegado!... ¿Lo trae un carrerista?... (Ruy en la puerta segundo derecha, con un telegrama que le enseña.) ¡Ah, sí, llega en este momento! ¡Gracias! ¡Adiós!... (Deja el teléfono. A Ruy.) Trae acá. ¿Qué será esto? (Le abre y lee.) ¿Estaré soñando? ¡Sí! (Lee.) ¡Sí, eso es, eso es!... ¡La prueba!... ¡¡Aquí está la prueba!!... Ruy, no te muevas de aquí hasta que yo regrese. ¡Tengo en mi poder la prueba que tanto deseábamos! ¡Mira, lee y olvida!

RUY.—(Lee.) ¡Oh! ¡Señor Juve, esto es maravilloso!

JUVE.—(Coge otra vez el telegrama.) ¡Maravilloso, sí, por lo inesperado!... ¡La prueba, ya está aquí la prueba; indiscutible, palpable!... Ya eres mío, Fantomas, ya eres mío! (Telón pausado.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La misma decoración y muebles que en el acto anterior. Es de día. El Duque, escribiendo y Leopoldo, en pie, delante de la mesa.

DUQUE.—Mi buen Leopoldo, en este documento te nombro mi administrador general durante el tiempo que dure mi viaje a Rusia, para donde saldré mañana por la noche. Seguirás habitando y cuidando de este palacio hasta mi vuelta; te entregaré cuanto dinero necesites para que atiendas a todos los gastos... y a mi regreso sabré recompensarte tus buenos servicios.

LEOP.—¡Señor!

DUQUE.—Todos los días llevarás un ramo de frescas flores a la tumba de la señora Duquesa.

LEOP.—Descuide el señor Duque.

DUQUE.—Y ahora que enganchen. Voy a salir inmediatamente. (Leopoldo medio mutis.) ¿El señor Juve no ha regresado?

LEOP.—¡No, señor!

DUQUE.—Bueno. Que enganchen. (Mutis Leopoldo segunda derecha.) ¿Qué habrá pasado? ¡No estar aquí Juve me parece algo chocante!... ¡Bah! ¡Esta noche quedará disuelta la asociación y Fantomas habrá desaparecido para siempre!

LEOP.—(Segunda derecha.) Acaban de traer esta carta para el señor Duque. (Bandeja, etc.)

DUQUE.—¿Esperan contestación? ¿Quién la trajo?

LEOP.—Un mandadero desconocido.

DUQUE.—Puedes retirarte. (Mutis Leopoldo. Examinándola.) ¡La letra parece de la Marquesa! ¡Veamos qué ocurre! (La abre, lee.) «Querido Duque: Venid a verme. Desconfiad de todo.» (Queda pensativo, quema la carta con una cerrilla con toda calma y después toca el timbre. Sale Leopoldo segunda derecha.) ¿El coche?

LEOP.—Está dispuesto.

DUQUE.—¡Vamos! (Mutis segunda derecha Duque y Leopoldo. Pausa.)

(Por la segunda izquierda, y entre el cortinaje, asoma la cabeza de Ruy, después el cuerpo, y, por último, avanza, cruza la escena, va a la segunda derecha, cierra la puerta y corre el portier; después vuelve a la segunda izquierda.)

RUY.—¡Adelante, está franco el camino!

(Sale Juve dando el brazo a una señora enlutada y cubierta con un tupido velo, que no levantará.)

JUVE.—¡Deseche usted todo temor, señora! ¡Estamos solos! (La lleva a una butaca, donde ella se sienta; él permanece en pie ante ella. Ruy delante, segunda derecha.)

DUQUESA.—¡Gracias, amigo mío! (Sollozando.)

JUVE.—¡Cumplo con mi deber! ¡Comprendo lo doloroso que os será la vista de estos lugares después de todo lo ocurrido; pero ello es necesario para el completo castigo del culpable!

DUQUESA.—A todo estoy dispuesta.

JUVE.—Por la relación que usted me ha hecho, queda esclarecida toda la verdad. ¡Lo que no comprendo es la infame mutilación de vuestra mano derecha!

DUQUESA.—Es muy sencillo. En mi mano derecha está colocado el anillo con el escudo de mis antepasados, era necesario unir esa mano al maniquí de cera; para llamar la atención sobre ella, colocaron el papel con el número 13, y para evitar el descubrimiento de la figura de cera, se reclamó el derecho a evitar la operación de la autopsia.

JUVE.—¡Es verdad! ¡Todo está perfectamente explicado!...

DUQUESA.—¡Amigo mío, desfallezco! ¡El largo y precipitado viaje con esos infames; mi huída a través de los campos hasta ponerme bajo la protección de las autoridades, y ahora este no menos precipitado regreso, acaban con mis energías!

JUVE.—¡Ruy, baja volando y tráete cuanto encuentres, la señora Duquesa necesita alimentarse!

RUY.—¡Voy y vuelvo de un salto! (Abre la segunda derecha y hace mutis dejándola abierta. Pausa.)

JUVE.—Según me ha explicado usted antes, de este despacho arranca un camino secreto, que une con el que acabamos de recorrer... ¿Podría usted indicarme el sitio en que?... (La Duquesa se ha desmayado.) ¿Eh? ¿Qué es esto?... ¡Señora Duquesa!... ¡Señora Duquesa!... (Llamando con respeto.) ¡Se ha desmayado!... (Va a la segunda derecha.) ¡Ruy!... ¡Ruy!... ¡No me oye! ¡Estará, claro es, en el piso de abajo, en las cocinas!.. (Vuelve.) ¡Señora Duquesa!... ¿Dónde he visto yo?... ¡Ah, sí; en el dormitorio hay agua a la cabecera de la cama!... ¡Corramos! (Hace mutis segunda izquierda. Inmediatamente se abre la chimenea y salen de ella dos Fantomas y una Dama exactamente vestida como la Duquesa, velo y todo; los Fantomas cogen a la dama desmayada y desaparecen por la chimenea. La Marquesa, pues ella es, toma el puesto de la otra y su misma actitud. La chimenea se ha cerrado. Juve vuelve con agua y un frasco de sales.) ¡Aquí está! ¡He hallado además este frasco de sales sobre el tocador! ¡Voy a ver si la reanimo haciéndoselo aspirar! (Deja el agua sobre la mesa y vuelve a la butaca e intenta alzar con mucho cuidado el velo para darle a oler las sales. La dama se pone en pie rápida, y con un revólver en la mano dice:)

MARQUESA.—¡Señor Juve, ni una palabra, ni un gesto!

JUVE.—¿Qué?... (Estupefacto.) ¿Estoy soñando?

MARQUESA.—Entrégueme usted inmediatamente el revólver que lleva.

JUVE.—¿Pero?... (Movimiento.)

MARQUESA.—¡Cuidado; no olvide usted que tengo su vida entre mis manos!

JUVE.—¡Aquí está el revólver! (Lo saca y ofrece.)

MARQUESA.—¡Mil gracias! Déjelo usted ahí sobre la mesa. (Lo hace.) Así. Ahora, señor Juve, retroceda y siéntese en el sitio en que yo estaba. (Lo hacen.) Tenemos que hablar.

JUVE.—¡Me considero muy honrado! (Con sorna.) Pero ¿y si viene Ruy?

MARQUESA.—Ruy se encuentra exactamente igual que usted en este momento.

JUVE.—Bueno. Pues acabemos pronto.

MARQUESA.—¿Supongo que me conoce usted?

JUVE.—(Sorna.) ¡Soy uno de los más fervientes admiradores de la célebre Marquesa de Granley!

MARQUESA.—Le felicito a usted por su memoria... El velo me sofoca, (Lo echa atrás.) Amigo Juve, ya estamos cara a cara otra vez,

JUVE.—¡Es para mí un inmenso placer, pero... os suplico!...

MARQUESA.—¡No pienso hacerle a usted sufrir mucho!

JUVE.—¡Apunte usted al corazón!

MARQUESA.—No. Tengo orden de ofrecerle la paz.

JUVE.—¿La paz?

MARQUESA.—Sí; la paz con ciertas y determinadas condiciones.

JUVE.—¿Condiciones... a mí?

MARQUESA.—¡Pues ya lo creo! ¡Está usted en nuestro poder! Con un simple movimiento de este dedo puedo mandarle a usted a la eternidad. Pues bien: júreme usted por su honor que saldrá de la nación en un plazo de cuarenta y ocho horas, y dígame en qué parte del mundo ha de esperarle a usted un cheque de un millón de francos; yo guardo este revólver y os entrego ahora mismo otro cheque de quinientos mil para gastos de viaje; no volviendo usted a ocuparse jamás de asuntos policíacos. ¿Qué os parece?...

JUVE.—¡Que son unas bellas proposiciones!...

MARQUESA.—¿Verdad que sí?

JUVE.—¡Que me ha deslumbrado usted, y que... no acepto!

MARQUESA.—¿Que no acepta usted?

JUVE.—¿Qué quiere usted, Marquesa? ¡Me ha dado ese capricho!...

MARQUESA.—Pero ¿está usted loco? ¿No sabe usted que si no acepta tengo orden de?...

JUVE.—De matarme... ¡Ya lo sé; ya me lo había yo figurado!

MARQUESA.—¿Y entonces?

JUVE.—¡Ay, Marquesa; será un gran placer para mí morir a sus lindas manos!...

MARQUESA.—¿Habla usted en serio?

JUVE.—¡Yo creo que la situación no es para estar de broma!... ¡Un momento, Marquesa!... Usted me ha hecho sus proposiciones... ¿Me permite usted que yo le haga las mías?

MARQUESA.—¿Usted a mí?

JUVE.—¡Pues ya lo creo! Está usted en mi poder... ¡A un gesto mío usted... dispara, pero puede fallar el tiro!...

MARQUESA.—¡Mi revólver es de cinco, me quedarían cuatro!

JUVE.—¡Ya lo sé! ¡Pero me habrá dado usted tiempo para dar una orden, y en un santiamén, os encontráis sujeta, desarmada y en mi poder, en una palabra!

MARQUESA. — ¡Amigo Juve, no le creía a usted con una imaginación tan prodigiosa!

JUVE. — ¡Oh! ¡Favor que usted me hace! ¡Si esto no vale nada... nada en comparación de vuestros extraordinarios recursos! ¿Por dónde diablos entra usted? ¿Y cómo y por dónde se lleva usted a las personas... a los cadáveres?

MARQUESA.—¡Es usted muy curioso!

JUVE.—Es lo menos que se le puede permitir a un sentenciado a muerte, ¡la curiosidad!

MARQUESA.—Bueno, concretemos: ¿sí o no?

JUVE.—¡No!

MARQUESA.—¿Lo ha pensado usted bien?

JUVE.—¡Divinamente! Haga usted fuego sin miedo... es un segundo... y con su reconocida habilidad, espero me colocará usted bonitamente una bala entre ceja y ceja...

MARQUESA. — ¡Pues... hasta la eternidad, amigo Juve! (Le apunta, pero aparece en la segunda derecha el Duque, que con el gesto la contiene. Juve está sentado de espaldas a dicha segunda derecha.)

JUVE.—¡¡Hasta la eternidad, Marquesa!!... ¿Qué os pasa? ¿Por qué no dispara usted? ¿No estoy así bien?...

MARQUESA.—¡¡El me lo ordena!!

JUVE. — ¡Hombre, qué oportunidad! ¡¡Llegar en tan crítico momento!!

DUQUE.—(Avanzando. A Marquesa.) ¿Me has escrito una carta?

MARQUESA.—¡Yo no he escrito nada!

JUVE.—La he escrito yo, que es igual para el caso; necesitaba alejar de aquí a su excelencia por unos momentos.

DUQUE.—Podía usted haberse ahorrado el trabajo, pues yo iba a salir de todas maneras.

JUVE.—Eso yo no podía adivinarlo, y ya que estamos casi en familia... guárdese usted ese revólver, querida Marquesa, y hablemos.

DUQUE.—¡Es que!...

JUVE.—Mi querido señor Fantomas, tenga usted calma; yo la he tenido ayer escuchándole a usted su famosa, y en parte, verídica historia de familia... Me consta... me consta, repito, que, aunque logrado por medios que castigan severamente las leyes, es usted de hecho y de derecho el Duque de Guerin: conozco toda su diabólica maquinación para llegar a ello, reconozco su prodigioso y criminal talento... y quiero ser generoso... quiero evitar a la noble familia de Guerin el infame y horrible espectáculo de ver al último Duque ejecutado en la plaza pública... Me hace usted, señor Duque, una relación por escrito de sus robos y crímenes, la firma usted con su nombre de Fantomas — el de Guerin aquí no figura para nada —, me la entrega usted, y con ese revólver que está sobre la mesa se salta usted inmediatamente la tapa del cráneo... ¿Estamos de acuerdo?

DUQUE.—¡Está usted loco, señor polizonte!

MARQUESA.—¡¡Qué buen predicador hubiese usted hecho!!

JUVE.—¡Agradecidísimo a sus bondades!

DUQUE. — Usted, señor Juve, olvida que trata con Fantomas, olvida que conocer a Fantomas es firmar una sentencia de muerte... A fuerza de habilidad y de constancia ha averiguado usted cuatro cosas. ¡Bah! ¿Como las prueba usted? Si fuese usted tan insensato que me acusase, se reirían de usted. El Duque de Guerin es inviolable y nada tiene que ver con sus quiméricas suposiciones. Creyó usted por un momento que tenía en su poder una prueba poderosa cuando recibió usted el telegrama que le anunciaba la vida de la Duquesa. ¡¡La Duquesa!! ¡Sí que lo era!, pero se le hemos arrebatado a usted hace poco, y a estas horas, el maniquí ha desaparecido y el cuerpo verdadero ha tomado su puesto atravesado el corazón por mortal puñalada.

JUVE.—¡¡Qué horror!!

DUQUE.—¡Ya lo ve usted; luchar conmigo, con Fantomas, es ir derecho a la muerte! ¡Está usted en mi poder! ¡Quiero ser tan generoso como usted y le ofrezco la vida y un millón quinientos mil francos!

JUVE.—¡Es cierto! ¡Reconozco que estoy vencido!

DUQUE.—¿Acepta usted?

JUVE.—¿Qué remedio me queda?

MARQUESA.—¡Ah, por fin!...

JUVE.—¡Con una sola condición!

DUQUE.—¡A ver, diga usted!

JUVE.—¡¡Deseo la cantidad total ahora y en un solo cheque!! ¡¡Al salir de aquí no quiero volver a ocuparme de este asunto!!

DUQUE.—¡Convenido! (Pasa a sentarse a la mesa y saca un libro de cheques. A la Marquesa.) ¡Dame el otro!

MARQUESA.—(Guarda el revólver y saca el cheque, que le entrega.) ¡¡Aquí le tienes!!

DUQUE.—¿Dónde quiere usted cobrarlo?
JUVE.—En Moscú, en el Banco de Londres.
DUQUE.—¡Perfectamente! (Pausa. Lo extiende.) ¡Tome usted!...
JUVE.—Gracias, señor Duque... ¡Acaba usted de suministrarme una prueba poderosa!...
DUQUE.—¿Cómo?
JUVE.—¡Sencillísimo! Necesitaba comparar su letra de usted con la de la carta colocada en la escarcela de su pobre hermano; ya puedo hacerlo... (Ríe.)
MARQUESA.—¡Ah, bandido! (Va a sacar su revólver; pero más rápido Juve, saca otro que lleva guardado y la amenaza.)
JUVE.—¡Quieta, hermosa mía! ¡Se han cambiado los papeles! (El Duque se abalanza sobre el revólver que está encima de la mesa.) ¡No se moleste usted, señor Duque .. es un arma inofensiva!
DUQUE.—(Examinándole.) ¡¡Descargado!!
JUVE.—¡¡Qué quieren ustedes, me ha llegado la mía!!... Todas las palabras aquí pronunciadas han sido oídas por el Juez que, oculto detrás de esa puerta, (Segunda izquierda.) aguarda mi invitación para prender a ustedes... ¡¡Se han adelantado ustedes mismos!!
DUQUE.—¿Qué dice?...
JUVE.—Conozco el camino secreto que une la casa deshabitada con ésta, cuya salida está en vuestro propio dormitorio — ¡por ahí hemos entrado! — ; conozco toda la trama horrible del asesinato del Conde Arley; conozco el hábil procedimiento del robo a la Princesa Leonel, y, por último, el asesinato de vuestro hermano, la suplantación, el rapto de la Duquesa y el célebre maniquí de cera; de todo ello sólo un hombre es capaz: Fantomas, es decir, usted...; pero usted es hoy el legítimo Duque de Guerín, y en atención a la nobleza de ese apellido, yo le ofrezco a usted por última vez mi propio revólver, para que se salte usted la tapa de los sesos.
DUQUE.—¡Jamás!
(La Marquesa, aprovechando un descuido de Juve, se abalanza sobre él y trata de desarmarle, luchando.)
MARQUESA.—¡Sálvate, Fantomas, huye!
(El Duque, rápido, cierra las puertas segunda derecha y segunda izquierda con llave, mientras luchan la Marquesa y Juve, y después ayuda a la Marquesa a quitar el revólver a Juve, a quien la Marquesa ha tapado la boca con su pañuelo.)
JUVE.—¡Atrás, señora! ¡Suélteme usted... o no respondo!...
MARQUESA.—¡¡Huye, Fantomas, huye!!
DUQUE.—(Ayudándola.) ¡Te equivocas, Marquesa: yo no huyo! ¿Para qué? Cuando echen las puertas al suelo y entren aquí, no encontrarán a nadie... ¡Ni siquiera el cadáver de Juve! (Juve ha caído sentado en la butaca de antes, la Marquesa le amenaza con su propio revólver. El Duque toca el resorte de la chimenea, que se abre, hace el signo de interrogación, y salen por ella dos Fantomas, que sacan cada uno su revólver de la escarcela del traje.) Señor Juve, ha llegado la hora de los grandes acontecimientos... (A los Fantomas.) ¡A ver, uno a la derecha y otro a la izquierda de este caballero! ¡Al primer movimiento, fuego sobre él! (Los Fantomas afirman con la cabeza.) ¡Señor mío, vamos a saldar todas nuestras cuentas!... ¡¡Le he ofrecido a usted cuanto he podido para evitarle a usted la muerte; pero usted es un loco y la muerte le enamora... ya lo ve usted, está usted irremisiblemente perdido!! ¡¡No importa; dos veces me ha ofrecido usted a mí la muerte; no quiero ser menos y le ofrezco a usted otra vez la vida!!

JUVE.—¡Mil gracias, señor Duque! Tanta generosidad me confunde, pero...

DUQUE.—¿Pero qué?

JUVE.—Que yo saldré tranquilamente para mi casa... mientras que el señor Duque...

DUQUE.—¿Cómo?

JUVE.—Saldrá para la cárcel o para el cementerio.

DUQUE.—¿Cree usted en los milagros? (Con sorna.)

JUVE.—¡Sí, señor Duque! ¿Y usted?

DUQUE.—¡Algunas veces, pero ahora!...

JUVE.—¡Ahora el milagro va a realizarse! (Se pone en pie y manda a los Fantomas.) ¡A ver, uno a la derecha y otro a la izquierda de este caballero! ¡Al primer movimiento, fuego sobre él! (Arranca a los dos los capuchones.)

DUQUE.—(Al verle.) ¡¡¡Leopoldo!!!

MARQUESA.—(Idem.) ¡¡¡Ruy!!!

(El Duque huye por la chimenea que quedó abierta y que se cierra tras de él.)

JUVE.—¡Prendan a esta mujer! (Lo hacen después de ganarle la acción y desarmarla. Juve abre las puertas y llama.) ¡Acudan todos! ¡Señor Juez aquí, aquí todos! ¡¡Que se escapa!! (Segunda izquierda, Juez y dos Agentes; segunda derecha, Comisario y un Agente.) Corra usted, señor Comisario. A guardar la salida de la casa deshabitada. ¡Yo voy a entrar por el dormitorio! ¡Ese hombre es capaz de todo! ¡Hay que salvar a la Duquesa!... (Escucha cerca de la chimenea.) ¡Aguardad! ¡¡Quietos!! (Todos obedecen. Se abre rápidamente la chimenea y sale huyendo el Duque de la Duquesa que, sin velo, pelo suelto, le persigue arrogante, con un revólver en su mano izquierda, la derecha enguantada; detrás de la Duquesa, un Agente, también revólver en puño.)

DUQUE.—¡Es ella! ¡¡Ella!! ¡La Duquesa! ¡¡Me han hecho traición!!

JUVE.—¡No, señor Duque! Mis agentes, que invadieron ese camino, antes secreto, la libertaron y se apoderaron de vuestros cómplices; el desmayo fué fingido: ¡¡cayó usted en el lazo!!

DUQUE.—¡Maldición!

DUQUESA.—(Muy enérgica y digna.) ¡Señor Duque, hay que morir!... ¡Si no es usted un cobarde, libre usted de la infamia el nombre de su noble familia!

DUQUE.—¡Ah, sí! (Tomando el revólver que le ofece la Duquesa.) ¡Atrás, canalla! (A todos.) ¡¡A Fantomas no se le puede prender si no está muerto!! (Se pega un tiro y cae redondo a los pies de la Duquesa.)

JUVE.—(A él.) Ya lo ve usted, señor Duque, el triunfo es siempre de la Justicia. ¡La sociedad puede dormir tranquila, el genio del mal ha muerto! ¡¡¡Señor Juez, os entrego a Fantomas!!! (Cuadro, telón natural.)

FIN



